

JULIA LOPES DE ALMEIDA

BRASIL

Conferencia pronunciada por la
autora en la Biblioteca del Con-
sejo Nacional de Mujeres de la
Argentina.

Buenos Aires

1922

JF
918
A44

JULIA LOPES DE ALMEIDA

BRASIL

Conferencia pronunciada por la
autora en la Biblioteca del Con-
sejo Nacional de Mujeres de la
Argentina.

4258

BUENOS AIRES

— 1922 —

5FOJ985

A su amado amigo
Dr. José Feliciano de
Olivieros

Lembrança de
Julia Lopes de Oliveira

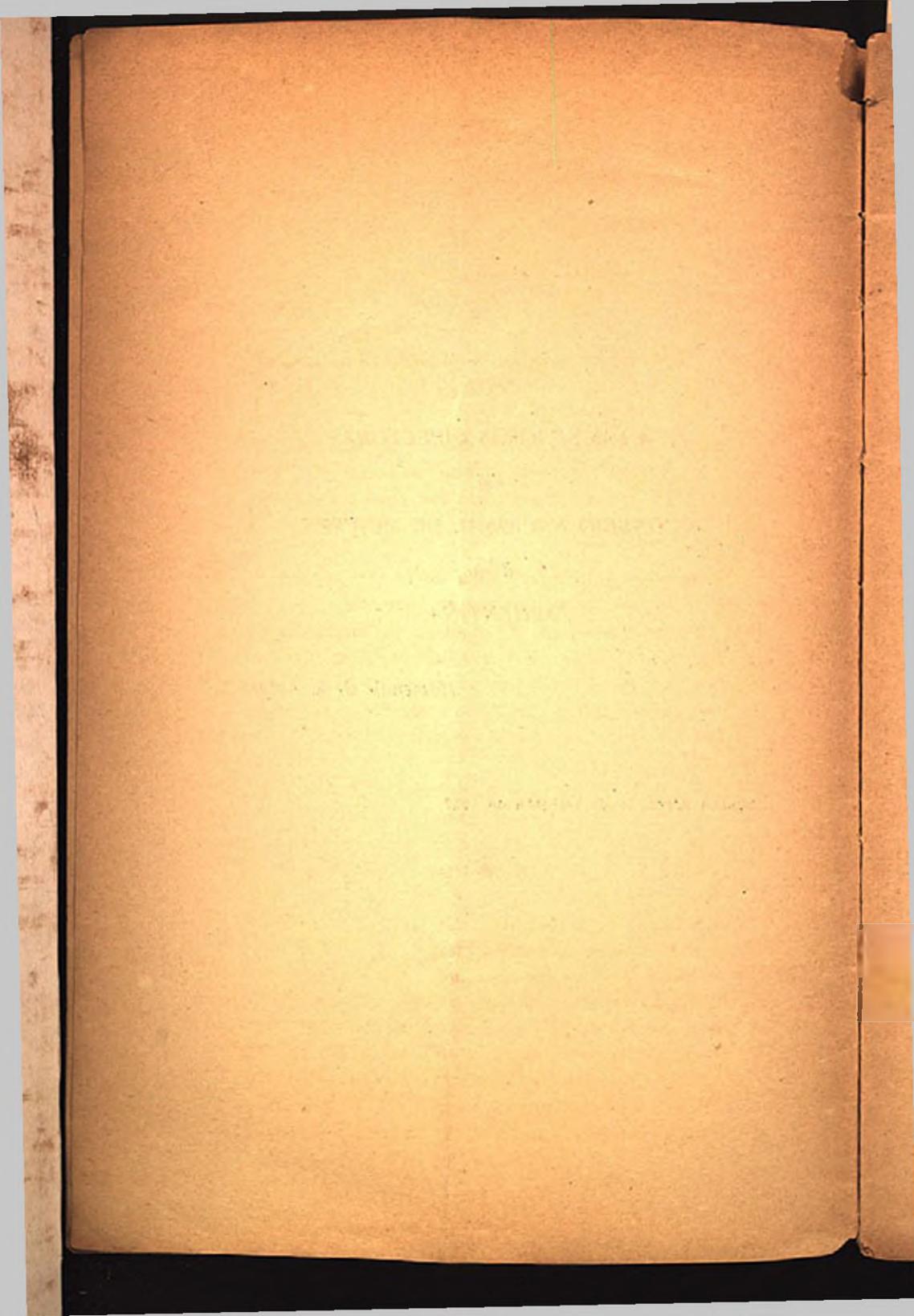
918.1

JFO
918.1
A447b

A LAS SEÑORAS DIRECTORAS
del
CONSEJO NACIONAL DE MUJERES
de la
ARGENTINA.

Homenaje de la Autora.

Buenos Aires, 10 de Octubre de 1922.



Señoras del Consejo Nacional de Mujeres de la Argentina:

Heme aquí delante de vosotras conmovida, balbuceando por un supremo esfuerzo de voluntad las palabras en que pretendo encerrar mi agradecimiento por el alto honor que me otorgásteis al llamarde a vuestro seno para hablaros de mi país.

Siempre es agradable hablar de lo que se ama. Vuestro tino al escoger el asunto que me ofrecisteis, demostró al propio tiempo galantería y delicadeza. La opulencia del tema exigiría, no obstante, no más amor, pero sí mayor inteligencia y verbo más elocuente.

Vengo sin embargo con júbilo a vuestra primera llamada, y mucho antes hubiera acudido si para ello hubiera bastado solamente la voluntad.

Conocedora desde hace tiempo del papel que esta Institución ejerce en vuestro país, ardía en deseos de conocerla de cerca y cuantas veces, durante los días tormentosos, pensé en comunicarle confidencialmente las ideas que la guerra sugería a mi corazón de mujer y a mi espíritu de escritora ansiosa de ver aparecer tras las negras montañas de la iniquidad, la luz del nuevo ideal... Y es que presentía que tendríamos algo que decirnos porque entre vosotras, argentinas, y nostoras, brasileñas, hay afinidades cuya fuerza misteriosa no puede dejar de actuar en nuestro íntimo ser. Nuestras Patrias forman partes de un mismo cuerpo, y no partes extremas, que por sus aptitudes y formas diversas tienen significaciones opuestas, sino partes que se ligan entre si y se continúan. Sin los linderos políticos, nadie

sabria afirmar dónde comienza una y acaba otra, y en su idioma fronterizo, los pueblos de ambas lenguas hacen de ellas una sola. Y lo que sucede con nuestras amadas tierras en el Continente americano, acontece en el Continente europeo con las Patrias de nuestras Patrias, ambas, por fortuna nuestra, de grande historia, nobles tradiciones y plasmadas en la misma península criadora. Es imposible dejar de sentir la influencia atávica de tantas aproximaciones, por otra parte sintetizada ya en frase incisiva y limpida, por uno de vuestros más ilustres estadistas. Si todo nos une, procuremos mutuamente conocernos mejor, conocernos a fondo, y este fué el móvil que os condujo a ordenarme a mí, débil e insuficiente, pero que ilusoriamente supusisteis con más vigoroso alcance, que os presente y exponga la vida y el pensamiento de mi país.

La vida es de lucha; es la de un pueblo que tiene siempre urgencia en llegar lo antes posible a todas las glorias de la civilización. El pensamiento es de orden, de reverencia por todo lo que es noble y bello, por todo lo que es grande y justo.

Fundamentalmente así es. Poco importa que a veces, en pasajeros accesos de delirio que atolondran y hacen sufrir, las poblaciones se alboroten en discusiones íntimas que el telégrafo agorero e interesado esparce por el mundo como síntomáticas de amenazas enormes, cuando en realidad no son más que burbujas de jabón, que una tempestad en un vaso de agua hace volar por los aires y cuya irisada ilusión deshace de repente el soplo del buen sentido.

Si os interesa conocer, aunque en un esbozo muy imperfecto y fugitivo, algo del aspecto físico y moral del immense país, imaginaros pasajeras de un aeroplano, al que daremos, si quisierais, el nombre de "Pensamiento" y volaremos sobre los ocho millones y medio de kilómetros cuadrados y sus treinta millones de habitantes, población muy insuficiente todavía para un área que sólo encuentra equi-

valente en la China y en los Estados Unidos, territorialmente las tres mayores naciones del planeta.

Las alas del "Pensamiento" os han de llevar, como las del Pato Bravo de Selma Lagerlof, el pequeño Nils Stolgerson, por sobre las blancas torres de las más altas iglesias y sobre los montes más encumbrados de los veintiún Estados en que se halla recortado el Brasil, muchos de ellos mayores en dimensiones que algunos de los principales países de Europa, tales como el Amazonas, cuya superficie por si sola es equivalente a las de Francia, España, Inglaterra e Italia reunidas.

Este viaje nos hace recordar que la primera persona en el mundo que ideó la posibilidad de la navegación aérea y que para esto inventó un aparato al que bautizó con el nombre de "Passarola" (Pajarraco), fué un brasileño, el padre Bartolomeu Lourenço de Gusmão, nacido en la ciudad de Santos en 1685, y que en Lisboa se elevó por los aires ante una multitud atónita el dia 5 de Agosto de 1709, antes de hacerlo en Francia los hermanos Montgolfier. Por esa audacia el inventor fué quemado en las hogueras de la Inquisición en Lisboa, pero su idea continuó viva y fulguró más tarde en el cerebro de otros brasileños, como Augusto Severo y el gran Santos Dumont, el primero que realizó la aviación moderna, conocido y aclamado universalmente por este hecho.

II.

Y ahora mirad: hemos traspuesto las fronteras, estamos en la región brasileña de las anchas planicies, de aire puro y suave. Al beso de la bendición fecunda de un cielo de satén estos campos se desperezan en leguas y leguas de pasto de un verde virginal, casi infantil de tan tierno y fino.

Por sus tapices corren al galope locos caballos con las crines al aire, narices plafantes, guiados por jinetes de mano fuerte y valiente apostura. Nadie en el mundo enlaza un

animal con mayor elegancia y más precisión; nadie subyuga un potro bravo o un traidor enemigo con tan imperturbable seguridad; nadie tiene mayor vehemencia en el amor, ni sabe dominar sus instintos con más poderosa voluntad. Los climas de estos parajes se asemejan a los de los vuestros: mañanas de azulino albor o de neblinas invernales que pairan a raíz del suelo, ocasos en que llamaradas de oro y púrpura incendian el cielo... y siempre mucha luz, mucho aire, mucho espacio! Y como en este Estado no hay bosques, densas florestas, intrincadas selvas, tan pronto veis los avestruces pasando por las cultivadas planicies a grandes zancadas, tristones y pensativos, como observais la aglomeración de ciudades sonrientes, cribadas por las agujas de innumerables chimeneas industriales, rasgadas por amplias avenidas, consolidadas por alegres jardines, donde las flores perfuman el ambiente. Todos estos edificios que se acumulan, rematados por terrazas, cúpulas o simples tejas aldeanas, abrigan poblaciones activas e inteligentes; unos pertenecen a grandes establecimientos hospitalarios, otros a escuelas, a templos de religión, arte o bibliotecas donde afluyen lectores de ambos sexos, porque Río Grande del Sur es uno de los Estados en que más se lee y uno de aquellos en que más se evidencia la curiosidad y el gusto de las mujeres por las cosas del pensamiento. Si en sus ciudades se lee, sus campos de cultivo son fértiles y productivos; en ellos se intensifica el cultivo agrícola, estimulado por las grandes colonias extranjeras, cada una de las cuales reproduce en esta tierra las costumbres y sistemas adoptados en las suyas propias. Regida por constitución aparte, basada en la filosofía de Augusto Comte, esta porción de Patria brasileña tiene su fisionomía especial, originada tanto por la fatalidad física de su configuración y clima, como por la severidad de su educación política y económica.

Ya las florestas cubren con sus estofas de verdor el escenario de la tierra, en que ruedan ágatas encantadoras, y soberbios yacimientos de mármol y granito guardan en

3 Playas, un
ver

su seno la gloria del arte futuro. Aquí y allí, solitarias líneas férreas por las que se oye el resoplido de las locomotoras, empenachadas de humo, en su duro esfuerzo de arrastrar convoyes, hasta que surge a nuestra vista Santa Catharina, la linda, la dulce Santa Catharina, que aún siendo uno de nuestros Estados más pequeños, es mayor que Holanda y Bélgica reunidas. Ornada la orla de sus vestidos por las finas puntillas de encaje de sus playas espumosas pues este es el más recortado y caprichoso de todos los puntos del litoral brasileño — coronada por las flores de sus campos de ameno clima, tiene el peligroso don de atraer las simpatías de un novio lejano: Alemania. Alemania le hizo la corte, la quiso para si. Hubo algún sobresalto en la familia, pero el *flirt* ya se ha deshecho y ella continúa tranquila, pastando sus rebaños, colectando su mate y componiendo las redes de sus pescadores...

Ahora sucédese a Santa Catharina la incomparable sierra del Paraná, desdoblándose en montes de vivo terciopelo, por donde resbala el sol en anchas fajas de luz. Aquí la Naturaleza toda se reviste de un suave espíritu de religiosidad. No es necesario tener gran agudeza de percepción para sentirlo. En tierra, arrastrada por este ambiente místico, ya he levantado los ojos hacia estos árboles y lie caido arrodillada con las manos cruzadas. No hay claridad de cielo más diáfana y envolvente y en parte alguna la Naturaleza tiene mayor expresión de simbolismo y divinidad. Aquella cascada que espumea por la cumbre de la abrupta montaña, tiene el nombre de "Velo de Novia"... Las azules flores que revisten el peñascal se llaman "Ojos de Angel"; aquellas otras, de dorados tonos metálicos, suspendidas en el abismo "Espinos del Diablo"; y los pinares yerguen silenciosamente hacia el Cielo las copas de sus árboles, como cálices en ofertorio. Si bajárais a tierra, podríais deslizaros suavemente en moderno y blando automóvil por carreteras de inmensa extensión, entre montes y fragantes valles, desde la orilla del agua salada del mar, hasta las escarpaduras de otro

mar de agua dulce; yendo de salto en salto, a cual más maravilloso, de esa prodigiosa catarata del Iguassú, en que la Argentina y el Brasil entonan a coro su himno de gloria y belleza eterna!

Cortemos por entre las alas alucinadas de multicolores aves, que con su plumaje coronan la tierra de guirnaldas vivas; volemos sobre las pacíficas y laboriosas ciudades paranaenses, sobre sus bosques naturales de mate que este Estado exporta al Sur en zurrones y barrilitos de pino, paseemos sobre sus campos de cultivo donde se dora el trigo, el lino ondea, la vid ofrece sus dulces granos a la gula de la abeja y el lúpulo abre al sol sus hojas color de esperanza. Esta es la región preferida por los polacos y austriacos, que construyen aquí sus habitaciones rurales al mismo estilo de las de su país.

Tenéis razón. El paisaje se vuelve ahora más severo. En la tierra, color de cacao, las matas están con más frecuencia sustituidas por líneas férreas, por ciudades, por fábricas de electricidad. Estamos en el país del café, donde la sangre de la riqueza paulista gotea en los cafetos recargados de fruto, porque todas esas tierras que allá veis plantadas con matemática regularidad en leguas y leguas de extensión, son opulentos cafetales, cafetales interminables, de los cuales nadie sabe dónde acaban los de un propietario y empiezan los del otro. Y mientras nuestros ojos se maravillan al ver realizado tanto esfuerzo y poder de voluntad, dejadme que os diga que S. Paulo es el Estado más activo de la Unión y de mayor iniciativa. Bien administrado, lo hace todo con perfección, sabiendo aprovecharse con sabio cariño de todas las aptitudes que le son ofrecidas. En su suelo no hay aldeas. Sus campamentos toman en seguida el incremento de villas, las villas de ciudades, pero ciudades higiénicas desde su fundación y confortablemente organizadas. Los candiles de aceite de tres píqueras no tuvieron aquí nunca su tradición familiar. La luz de la civilización abrió en seguida sus ojos en estas regiones con sus lámparas eléctricas.

tricas. Aquí, como en casi todo el Brasil, observaréis la guerra contra el analfabetismo, por la difusión de escuelas populares; contra la apatía y las enfermedades, por la organización de puestos profilácticos, higiene rural y saneamiento de los campos. El tiempo no nos permite observar los progresos de su encantadora capital, porque el "Pensamiento" acelera su vuelo y pasa jadeante sobre la cumbre de sucesivas montañas en que se siente el palpititar de una vida interior, fecunda y adormecida. Y a la dulzura de ese sueño virginal, en que se notan ansias de despertar, suceden las tragedias geológicas de los terrenos de minerales. Nos cer-nimos sobre las lindas tierras históricas de Minas Geraes, que es uno de nuestros relicarios de tradiciones. En todo el trayecto de sus caminos y márgenes de sus ríos surgen peñascos color de plomo, de pizarra o de carbón; picos altísimos erguidos en el centro de cráteres apagados de tiempos milenarios y que son hoy reservatorios inmenos de hierro casi puro. En Itabira, el propio fuego del Cielo, en días de tempestad, caldea las montañas, donde después aparecen, convertidas en acero, las blancas cicatrices de sus heridas. En esta región la Fortuna se ofrece al hombre, diciéndole: "Tómame y obraré maravillas!". Y el hombre pisa su suelo en que trasborda el oro y pasa, trémulo de espanto, por entre los yacimientos interminables de mineral, que se confunden aquí con el polvo y la piedra en que pone los pies, allá se elevan en torres y agujas naturales, agudas como gritos, o más allá se prolongan a un lado como muros de fantasmagóricas penitenciarías. Y no es solamente el hierro, el oro, la plata, el mercurio y toda clase de ricos metales... ese suelo prodigioso, al beso del sol tropical, suda además, en gotas luminosas, las turmalinas, diamantes, rubies y zafiros. Minas es el arca de joyas de todas las diosas y las hadas de los sueños milagrosos... Su territorio, de 574.855 kilómetros cuadrados, es accidentado y trágico, suave y pintoresco, según la vertiente en que os encontréis de la cordillera que divide su territorio. Una de las ciudades más encantadoras

del Brasil es esa curiosísima Ouro Preto, empedrada con piedras auriferas, llena de leyendas, de reliquias, de dulces añoranzas, que veis ahí encaramada sobre montañas escarpadas; en ella se anidan tradiciones políticas de la Inconfidencia y tradiciones poéticas de literatura amorosa y lírica. Es un beso cristalizado de los viejos tiempos coloniales, beso dado en plena boca de lo que debía ser en ese tiempo hispido e inculto terreno.

A la decrepitud de esa ciudad, donde, por otra parte, funciona la mejor escuela de mineralogía del país, se opone la capital del Estado, Belo Horizonte, planeada, trazada, construida hace sólo veinticuatro años, ciudad elegante y airosa, en que cada calle es una alameda y cada plaza un jardín, donde las nuevas energías de nuestra tierra se concentran para brotar dentro de poco en raudales de progreso y cultura moral...

Pero ya la sublime visión se pierde en el horizonte, entre el purpúreo y plateado albor de un crepúsculo asombroso, y coronamos en victorioso vuelo el Dedo de Dios, de la Sierra del Mar!

A nuestros pies se extiende el Estado de Río de Janeiro con los brañidos de sus cataratas y cascadas, la negra visión de sus montes, la gracia de sus pintorescas ciudades veraniegas y de sus playas armoniosas...

El virginal aroma de sus grandes naranjales que tapizan las extensas planicies se va desvaneциendo; toda la región de los vergeles se envuelve en velos de bruma, y la sierra de los Organos, inmensa, apoteótica, se dibuja en resplandeciente lila, bajo un cielo color de pervinca.

Mirad: la bahía de Guanabara, considerada como una de las mayores maravillas del mundo, abre aquí su amplio seno para recoger la vida trasbordante de otros continentes. En la tremolina de sus aguas aparecen todos los cambiantes del prisma, como en los contornos desperezados de su litoral vibran las más inesperadas armonías del colorido; el verde de la vegetación, el morado de los peñascales, el glau-

co de las ondas, el azulado de los cielos, el ceniza, el colorado, el amarillo, el blanco, el rosado de sus granitos y de las arcillas y arenas de que está constituido su variadísimo suelo, lo que contribuye a que la luz de Poniente, que hace imponentables las cosas, Río de Janeiro recuerde, visto así desde lo alto, en el immenso amontonado de su caserío políromo, un extraño rosal serpenteado por entre montes y valles; trepando sobre los oteros o extendiéndose en suaves líneas por las extensas curvas de sus incomparables playas. La capital de la República es la ciudad del color y no conozco otra con mayor extensión ni más original fisonomía. Verdaderamente, no es una ciudad, es más bien una reunión de diferentes ciudades. Todos sus mayores barrios tienen carácter especial bien definido, ya sea por su naturaleza topográfica, bien por su arquitectura, ora por su clima, o por los gustos y aspectos de sus respectivas poblaciones.

Quien tenga una visión arquitectónica purista, podrá hallarla fea, pero en conciencia tendrá que consideraría muy original.

Y la originalidad es de un efecto prodigioso en esta era de universal vulgaridad.

Imaginad, pues, Río de Janeiro, como el país de los imprevistos y las paradojas. Si en verano os abrasa el calor en la orilla de sus muelles, a los pocos minutos podréis respirar a pleno pulmón el aire libre de sus montañas y beber a grandes sorbos su agua fresca y cristalina. Si os deslizáis en cómodo automóvil por alameda asfaltada, rigurosamente moderna, y contempláis sus construcciones laterales, veréis por detrás de los tejados de una de ellas un monte agreste o una desnuda roca; si os dirigís al fondo de su principal avenida, observaréis los mástiles de los navios sobre la onda mansa; si recorréis otra de sus grandes avenidas, la de Beira Mar, contemplaréis en algunos de sus puntos pintorescas escenas de la vida de playa y deslumbrantes aspectos de paisajes ciclópeos.

La Naturaleza se mezcla así con las construcciones urbanas, en sentidos los más variados. Los principales defectos de Río de Janeiro, que la poetisa francesa Mme. Catulle Mendés denominó en delicioso libro: "La Cité Merveilleuse", están sometidos a sus principales bellezas, en lo más poblado, jadeando por el corazón de su millón de habitantes, trabajador, soñador, pacífico, estudioso, malicioso, perverso a veces, en fin, con todas las delicias y maldades de los grandes centros mundiales. Afirman sus estadísticas que, a parte de la tuberculosis, que se empieza a combatir con energía, es una de las capitales más saludables, en que menos se muere y en que más se ama. El número de nacimientos sobrepasa en mucho al de óbitos.

El murmullo de la ciudad frenética, ruidosa, expansiva, se apaga, desaparece en el infinito azul a que subimos; y ahora nuestro "Pensamiento" corre aligeró sobre las más sombreadas sierras del Estado de Espíritu Santo. Sucédense las florestas de rica madera, cuyos ramajes y troncos esmalitan las más finas orquídeas. Allí se divide por mitad la cordillera, rasgada de arriba abajo por la impetuosa corriente del río Dulce. Las casas de los campesinos aparecen ahora con sus tejados de escamas de madera, sus azules umbrales se destacan de la cal lavada de las paredes, sonriendo entre campañas tiernas y saltos de agua, y la línea férrea recorre montañas y valles que darian envidia a los de Suiza...

La capital de este Estado se encuentra enclavada en un paisaje original y sonriente, que evoca leyendas indígenas y al mismo tiempo tradiciones coloniales, conservadas en viejos muros de convento perchados, y en tantos otros vestigios de la primitiva capitania con que la dulzura de su historia enaltece la gracia de una de las más hermosas bahías que hay en el país. A esta joya de esmalte azul y verde, creada para éxtasis y deleite de la mirada, está reservado un futuro comercial opulento cuando sirva de reservatorio de los minerales del gran Estado vecino, del que viene a ser como una proyección.

Trasponemos ahora ríos y lagos, selvas y cerros, en los que rugen o cantan aguas, aves o animales feraces. Qué sinfonista tendría el genio suficiente para reproducir en el ritmo de su arte las virginales voces de estos lugares misteriosos?

Ya se dibuja en el horizonte el inmenso Estado de Bahia... Tierra de grandeza y fecundidad, reúne en sí cualidades que la tornan apta para producir de todo lo que cada uno de los otros Estados produce. Sus flores tienen más aroma, sus frutas más sabor que las del Sur y su arte culinaria, en que pica la pimienta y el aceite de dendem colorea las salsas, se ejerce con muy especial cariño. Religiosa, hasta tal vez beatísima, señala al azul de su lindo cielo traslúcido con los innumerables dedos de sus torres católicas, y es al mismo tiempo la patria de nuestros mayores oradores. Para los artistas que adoran los ambientes bellos y sugestivos, este es uno de los puntos más interesantes del Brasil.

Pero ya al de Bahia se suceden los Estados de Sergipe y de Alagoas, cuyas playas ilimitadas están ornadas de coto tales sin fin...

El cocotero es el árbol de la estesia y la progalidad; su tronco es una columna, su capitel una estrella y su fruto elemento de placer y de saciedad. Si el Brasil económico no tuviera como producción natural más que el coco, aun así tendría elementos para ser uno de los países más ricos del mundo. Por entre las palmas flabeladas que se destacan en los cerros y valles entona su canto eterno la prodigiosa cascada de Paulo Afonso, tan sorprendente que quien la ve, trémulo de emoción y maravillado, guarda para siempre en el pensamiento su imagen inolvidable e indescriptible... Este formidable salto de agua, que inspiró los célebres versos de uno de nuestros mayores poetas, es el tercero en importancia del Brasil. El primero, de los 7 saltos, o con su nombre indígena, Guahira, es 14 veces mayor que el famoso Niágara de que tan justamente se enorgullecen los americanos;

mayor en altura, en anchura y en volumen de agua; esta es la más importante catarata del Planeta, supuesto que la célebre Victoria, en el Zambese africano con dificultad le llega a la mitad. La segunda que puede compararse a ésta, es la del Iguassú, tan conocida por vosotras, y cuya fuerza, aprovechada en su totalidad, bastaría para iluminar América del Sur. El placer de estas vistas sobrenaturales es que, aún observadas en décimos de segundos, en una rápida mirada, perduran en la imaginación durante toda la vida.

La Naturaleza es un gran refugio para el espíritu luchador del hombre, que verdaderamente sólo en ella y en el arte encuentra deslumbrante pacificación. Día llegará en que todas las mayores maravillas del Brasil, la cordillera de Cristal, la gruta de Maquiné, la piedra de la campana de Marambaia, los cursos de los afluentes amazónicos, el paisaje sin par del río Tocantins, el doble cauce del alto São Francisco y todas las cascadas y cataratas a que antes me he referido, además de otras de inenarrable hermosura, puedan ser motivo compensador de largos viajes. El Mundo está visto y conocido, no sólo por los sabios sino también por las multitudes curiosas; nosotros tenemos aún la ventaja de poseer cosas inéditas!

Pero, ved: Pasamos ahora por el Estado de Pernambuco, patria de heroismos, donde desde los más remotos tiempos se libraron batallas por amor a la raza y la nacionalidad, conjugándose en el esfuerzo heroico de la defensa del territorio el esfuerzo de las tres razas brasileñas: la portuguesa, la africana y la indígena, que allí, por tres representantes valerosos, se unieron en el mismo sublime ideal contra el tremendo imperialismo bávavo.

Recife, la linda capital de este Estado, cortada por anchos ríos, que puentes atraviesan, es movimentada, progresista y rica. En el muelle de desembarque, los altos palacios evidencian desde luego al que llega la saciedad y pujanza de la vida económica. Y aquí como en São Salvador, la capital de Bahía, las construcciones antiguas, lo mismo par-

ticulares que oficiales o religiosas comprueban el maravilloso trabajo de los colonizadores primitivos y sus inclinaciones por los motivos de gusto artístico: obras de talla suntuosas, ricas fachadas, azulejos pintorescos, mobiliarios espléndidos... Por el interior del Estado, en los campos ubérrimos, ondulan cañaverales sin fin que fábricas eléctricas convierten en el mejor azúcar. Climas de montes, climas de planicies con límpidas aguas que fluyen en cintas de plata murmurantes por los ribazos o con traidoras aguas de pantanos acumuladas entre altos herbazales, hacen de esta región de mi tierra una de las más curiosas y variadas, cuya feracidad se confunde con la de los Estados menos adelantados de Paraíba y Río Grande del Norte, tierras tan inspiradoras que sus campesinos improvisan en sus retos de vihuela con la misma gracia y vivacidad de inteligencia la música y los versos de sus cantares, mientras que con el mismo sentimiento creador, sus mujeres se entretienen en la industria casera de las puntillas de bolillo, nuestras famosas y típicas puntillas del Norte, llenas de graciosos motivos, y hasta algunas veces ingenuos. En esta zona la juventud se desembaraza; las niñas, aquí como en todo el resto del Brasil, ya no tocan solamente las teclas del piano, sino también las de la máquina de escribir. Las tradiciones de recogimiento y buscada ignorancia se desvanecen al soplo de la práctica moderna. Y cierta Escuela Doméstica, fundada y organizada por el modelo de una de las mejores escuelas suizas del mismo género, irradian por todo este pueblo nociones perfectamente remodeladoras. A las mujeres, principal instrumento de la civilización moderna, les está destinado un gran papel en la creación del mundo nuevo, en la seguridad de que el viejo quedó sepultado en los escombros de la gran guerra...

Qué terribles historias de banditismo y qué deliciosas leyendas de amor podría contaros de las poblaciones del interior de estas regiones, si nuestro "Pensamiento" no estuviera ya deslizándose sobre los verdes mares y las finas arenas del Estado de Ceará, que por la pureza de su clima

podría ser convertido en el mejor sanatorio del globo, aun a pesar de las sequías periódicas y asoladoras que obligan a la población a dirigirse al Norte o al Oeste, donde, merced a sus admirables cualidades de energía y frugalidad, contribuyen al desenvolvimiento y riqueza de buena parte del Brasil, como ningún emigrante extranjero lo puede hacer. Los cearenses son, en la historia moderna de mi país, los "banderantes" del cultivo, los fundadores de ciudades, los primeros labradores de los campos incultos, los propagadores del progreso, los barbechadores de breñales — tal como lo fueron los paulitas al alborear la nacionalidad, cuando, en busca de oro y de piedras preciosas, penetraban por los campos incultos y adustos, armados de indómito valor... Fernão Dias País Leme en el Sur, Urbano en el Norte de mi país, fueron dos figuras iguales a muchas decenas de otras figuras de héroes diseminadores de villas y ciudades por el vasto territorio, igual en extensión a toda Europa.

El actual Gobierno del Brasil ha emprendido obras gigantescas para combatir las sequías del Noreste, obras que son una prueba latente de nuestra capacidad de organizadiques para contener las aluviones del subsuelo, desvío de diques apara contener los aluviones del subsuelo, desvío de ríos, apertura de canales, obras portentosas llevadas a cabo con incomparable tenacidad, cuya realización traerá en breve plazo alegría y confort a centenas de millares de compatriotas míos, que por ellas tendrán asegurado el pan que desgraciadamente les falta con tanta frecuencia en la actualidad. Toda la Nación se beneficiará inmensamente con esto, no sólo práctica, sino moralmente. Toda esa zona azotada por las sequías es en general saludable y muy fértil. En las ciudades, la población tiene sagacidad de espíritu y es incansable en el trabajo; en los campos, los terribles vaqueros, de tan curiosas y pintorescas costumbres, suministrarian a Blasco Ibáñez admirable asunto para escenas intensas y movimentadas. Vestidos de cuero desde la cabeza a los pies, pero de un cuero grueso que les defiende de los espinos y

mordeduras de los insectos y reptiles venenosos, persiguen las bravas manadas galopando en caballo en pelo, a través de las selvas y los campos abiertos, por los declives de los montes y las cuencas de los valles, por entre los obstáculos más imprevistos; barreras, despeñaderos, saltos de cataratas, bajos zarzales cubiertos de espinas, tendidos a lo largo sobre el dorso de los animales, en cuellillas o arrodillados, sin disminuir la violencia de su carrera, hasta alcanzar a los toros que sujetan rápidamente por la cola y derriban de un súbito golpe.

Toda esta zona es conocida y alabada por su aire fino y seco, su cielo purísimo, que por la noche se constela con centelleos alucinantes, y por el verde claro de sus mares, cantado por el más célebre de sus hijos, el gran novelista José de Alencar, autor del poema en prosa "Iracema", que es incontestablemente uno de los más sabrosos frutos literarios que jamás produjo el continente americano.

A los cerros y campos del Ceará se siguen los de Piauhy, en que, como en todo el Noreste, florece el algodón y las prodigiosas Carnaúbas balancean al viento sus palmas sin igual. La cordillera del litoral, que desde Río Grande del Sur cerca del mar en mansas ondulaciones de frondoso verdor, ha desaparecido mucho antes; ahora viajamos sobre prolongadas playas de blanquecina arena, adornadas con la gracia de las elegantes y esbeltas palmeras, la luz del sol cae a torrentes del cielo sin nubes; la tierra, a su beso amoroso, parece desperezarse en las colinas y sonreir en las playas. Pero llegamos al Maranhão, donde las barreras aparecen ya, cortadas en ribazos sobre el mar, de azul más vivo y ondas más mansas. A la capital de este Estado se la denomina la "Atenas brasileña" por la elegante corrección con que su gente habla el idioma materno y por ser los prosadores y poetas marañenses los mejores en nuestra literatura. No me es dado poder hojear aquí algunos libros, con los que os demostraría la intensidad de la labor intelectual del Brasil, lo mismo en la ciencia que en el arte y sobre todo en las letras

a que más se primoreó nuestro genio; y por mi infelicidad, las páginas que pretendo poner ante vuestros ojos son de belleza intraducible... Gonçalves Dias, considerado por los poetas de mi país el maestro supremo, nació aquí, en ciertos campos buenos que con su nacimiento mejores se volvieron. En esta región cada árbol vale un poema; y las florestas son cada vez más densas, alfombrando el suelo bajo nuestros ojos. El cocotero Babassú esparce por el suelo sus frutos oleosos; las almendras de Jarina, el mafíl vegetal, crecen sobre el tierno césped. Después empiezan las breñas. A la izquierda vemos laderas de sierras por donde chocan ríos que corren hacia el Norte, como hacia el Norte corremos nosotros. Y ahora, a distancia, limitando el horizonte, ya nos asombra la contemplación del gran río, del río inmenso, mayor en extensión que el propio continente lo es en anchura y que, de tan torrencial y formidable, se prolonga por el mar, corriendo en pleno océano con la misma potencia soberana y llevando a la península de la Florida, en América del Norte, las tierras de aluvión arrastradas de los altos Andes!

El Amazonas tiene secretos inviolados; en el fondo de su seno profundo hay toda una nueva mitología, que un futuro poeta desvendará. Habitado él solo por más variedades ictiológicas que todo el mar Mediterráneo, de cuando en cuando cierto monstruo de aspecto horrífico, especie de dragón acuático, escamoso y fétido, de ojos de fuego verde y fauces desmesuradamente abiertas, aparece ante los pescadores trémulos de miedo. Hay quien lo ha visto, no sabemos si con los ojos de la razón o en su fantasía; hay quien lo juzga legendario, hay quien lo supone verdadero... Y es tal vez en esta duda que meditan al atardecer, a la orilla del agua, las innumerables y multicolores aves zancudas, lindas y silenciosas, cuyas delicadas plumas se esparsen por los campos y dehesas nortistas.

Tal vez no exista en toda la superficie del planeta país más curioso que los dos Estados del extremo norte brasileño, el del Pará y el de Amazonas, con sus opulentas riquezas flo-

restales, entre las cuales se cuenta la hevea sifonia, de cuya savia se hacen las ruedas del progreso moderno; su fauna abundante, su expresión acentuadamente tropical y típica. Sus ciudades tan pronto sudan dinero por todos sus poros, esparciendo allende el océano la fama de su abundancia y liberalidad, como purgan sus decepciones de gastadoras incorregibles, sin perder no obstante, en esas crisis de desfallecimiento, sus hábitos de trabajo. Aquí, como en todos los medios más adelantados del Brasil, el ansia de cultura y civilización se evidencia ya, sea por la creación de escuelas de letras o domésticas, de artes o profesionales, ya por el movimiento de las industrias y del comercio, por la apertura de carreteras y vías férreas, de trazado y ejecución siempre difícil por los mil accidentes del terreno, lleno de sorpresas aterradoras.

Son muchas las empresas ferroviarias existentes en el Brasil, pero aún así, son insuficientes para atender debidamente a la población esparcida por territorios tan considerables. Es necesario, para aquilatar el mérito de la obra nacional de los brasileños, no olvidar que el Brasil ocupa, por sí solo, la mitad del continente y que su población corresponde a la de todas las otras repúblicas sud-americanas reunidas.

Las tierras del Pará, sobre las que ahora volamos, son bajas y fértiles: por ellas entran los dedos del grande río, en hilos que los naturales denominan "igarapés" y que forman islas y penínsulas fluviales, desapareciendo aquí entre mojones oscuros, para aparecer más adelante entre arenas claras, donde los caimanes dormitan al sol y las tortugas cautelosas ponen los huevos que el calor de tierra incuba. Esos igarapés ligan y comunican entre sí todos los ríos de la cuenca amazónica; red inextricable de venas de agua se extiende por todo el territorio vastísimo, facilitando las comunicaciones de los seringueros en las frágiles canoas de un solo remo, trayendo durante la marea baja, las aguas

rehalsadas que se estancaban a centenares de leguas de distancia del río de los ríos.

Fenómeno interesantísimo y que merece ser divulgado, aun en el propio Brasil donde no falta quien lo ignore, es el producido por los nacimientos comunes a cursos de vertientes opuestas, nacimientos que el acaso hace brotar en el centro de extensas mesetas, de las que manan las aguas lo mismo hacia el Sur que hacia el Norte. Los afluentes del río de la Plata provienen de donde parten también los afluentes del Amazonas, en su margen derecha. Las aguas de algunos de ellos (y no en timidos hilillos sino en vastas extensiones) llegan hasta a conjugarse en lagos, en época de las lluvias, cenagales inmensos, por donde canoeros navegan horas seguidas y de donde, a voluntad, pueden dirigirse a esta ciudad, en el Sur, o a la de Manaos, al Norte. Y el prodigo no termina aquí, puesto que también los afluentes de la margen izquierda del Amazonas se entrelazan por los "igarapés", sabiéndose que por el río Negro, se vadea el Orinoco y se llega así a los mares de Bolivia, en el extremo norte de nuestro continente. Mas tarde, cuando el comercio exija en América del Sur tráfico más intenso de mercancías por el interior de las tierras, vosotros, los argentinos, podréis tomar aquí barcos que os lleven a los mares bolivianos a través del Brasil.

Más allá del inmenso río, confinando con los Estados del Pacífico, tenemos la tierra trágica, el portentoso Acre, que es para el Brasil lo que el Far West es para el americano del Norte: país del lucro aventurero. A esa región un escritor brasileño la denominó el Infierno Verde, porque a la sombra de sus enramados árboles se desarrollan sus dramas de ambición y de lucha prepotente. Es la zona de los seringales...

Como se está haciendo tarde, cortemos como una saeta por sobre los Estados de Goyaz y Matto Grosso, dos gigantes que despiertan, llenos de promesas formidables. En sus campos el ganado mugue en manadas incontables. El Brasil

posee uno de los mayores rebaños bovinos del mundo. Hay criadores que ignoran la cantidad de animales perdidos por las leguas y leguas de sus tierras. En la naturaleza vemos la misma expresión de prodigio y fecundidad!

Es por estos lugares por donde un brasileño de espíritu culto, el general Rondon, catequiza a los salvajes, en misión científica oficial, no por el temor del arma asesina, sino por el influjo de su inteligencia y de su alto civismo que la bondad dulcifica. Esta figura no puede dejar de ser señalada con trazo indeleble en el período actual de nuestra historia, porque en medio del desequilibrio mundial del momento nos da a comprender que la verdadera civilización se basa en el amor y la armonía.

III.

Esta tierra inmensa, apoteótica, fué la que el almirante portugués, Pedro Alvares Cabral, descubrió en 22 de Abril del año 1500. Se suponía que ese descubrimiento fué hijo del acaso. Afirman hoy los modernos investigadores, por el contrario, que fué exprofeso determinado por la voluntad del hombre que lo realizó. Conveniencias políticas del momento obligaron tal vez al gran marinero a enmascarar el hecho con el disfraz de la casualidad, pero las máscaras, por mucha que sea su consistencia, duran siempre menos que el rostro de la verdad...

EL IDIOMA

No cabe, además, a Portugal solamente la gloria de haber descubierto el Brasil, sino también la de haberlo colonizado tan superiormente y la de haberle transmitido, con el espíritu de la raza, su idioma de tan fuerte contextura y amplia riqueza de sonoridad, lengua que nos permite comprender sin estudios las otras lenguas latinas y que es hasta tal punto maleable, que en parte alguna donde haya sido hasta

hoy articulada degeneró jamás en dialecto. El portugués se habla no obstante en todos los continentes y en varias islas de diversos mares, sin que sus respectivas influencias regionales lo hayan alterado, a no ser en la pronunciación. Portugal, aunque pequeño, es uno de los mayores imperios coloniales del mundo; y así en todas partes en que se hable el portugués, nosotros, los de la misma lengua, nos entendemos sin embarazo ni dificultad. Y esta unidad es positivamente una fuerza.

LA RELIGION

Desde la mañana en que el capellán de las naves de Cabral, fray Enrique de Coimbra, dijo la primera misa en el Brasil, — escena que uno de nuestros mayores maestros de la pintura, Victor Meirelles, fijó en una tela ya célebre, — desde esa hora suprema, de extática belleza, la religión católica se implantó en el país a que los descubridores dieron el nombre de tierra de la Santa Cruz. La cruz era, por otra parte, el emblema que ellos traían rutilantes en color rojo sobre las velas blancas de sus carabelas. La designación de Santa Cruz fué substituida después por la de Brasil, vocablo indicado por la abundancia de la madera color de brasa, que los mercaderes de Europa venían a buscar para el comercio de las tintorerías. Así decían ellos: Vamos por el brasil o por los brasiles, como podían decir: vamos por el oro o por las esmeraldas. Y el árbol acabó por dar el nombre a la tierra de que era hijo.

ETAPAS ADMINISTRATIVAS

Empezó entonces el período de las factorías, primeros núcleos de colonizadores. Siguiérronse después las capitánias hereditarias, donadas por el rey de Portugal con regalías y ventajas que hiciesen prosperar el Nuevo Mundo y le trajesen, con fidalgos, nombres de alto linaje y vanaglorias gerárquicas para las futuras generaciones.

Pero el régimen de las capitanias fué por su vez substituido por el del gobierno general. Acababan los capitanes mayores, comenzaban los gobernadores. Uno de ellos trae consigo de Europa un grupo de jesuitas, del que formaba parte el padre José de Anchieta, admirable figura de catequista inspirado y poeta.

Entonces algunos campos ya producían cereales europeos y asiáticos; la caña de azúcar, importada por previsor colono, se reproducía en prósperos cañaverales y árboles frutales de otros continentes formaban en la tierra, todavía áspera, perfumados vergeles... Entonces se habían construido ya fortalezas a lo largo de la costa, defendiendo los puertos y principales puntos estratégicos de desembarque, con admirable conocimiento técnico en la elección de locales; los indios comenzaban a ser atraídos a la comunidad civilizada, a labrar los campos, a recoger los granos. El trabajo, no obstante, no se desenvolvía con la tranquilidad necesaria a la colonización intensiva del país; a medida que procuraban convertir habitable y amena la tierra en que vivían, colonos e indigenas tenían con frecuencia que tomar las armas para rechazar invasiones de extranjeros rapaces, que les codiciaba la riqueza y la querían para sí...

Para auxiliar al colono, insuficiente en número para hacer prosperar país tan inculto y despavorido de gente como descomunal en extensión territorial, fué preciso recurrir al africano. Fué ese, por otra parte, el recurso empleado en su tiempo por otras naciones en circunstancias económicas idénticas, como por ejemplo, los Estados Unidos. Y vino el africano y trajo con la fuerza de su brazo y la humildad de su obediencia elementos de progreso material rápido y productivo, aunque su nefasta condición de esclavo ofuscara en parte la gloria de la formación del país.

En 1580, al pasar Portugal al dominio de España, quedó también el Brasil bajo la jurisdicción española, lo que alteró el orgullo del colono, que se unió más a la tierra americana, y le insufló el sueño de independencia.

Otras invasiones de ingleses, holandeses, como antes de franceses, vinieron a ensangrentar las playas brasileñas. Durante siete años una parte considerable de mi tierra estuvo bajo el dominio de los neerlandeses, con residencia en la ciudad de Recife. Holanda venció a España en el Brasil. Pero lo que pudo conquistar no lo supo conservar. Portugal sacudió en Europa el yugo extranjero, y el ardor de su entusiasmo patriótico se transmitió, a través de los mares, a la tierra hija de la suya. Portugueses y brasileños, a quienes el dominio de Felipe II entrelazó más fuertemente, expulsaron al invasor. "Por Dios y por la Libertad".

En esta lucha furibunda contra los holandeses en el Norte del Brasil, y que constituye para nosotros motivo de tan legítimo orgullo, hubo tres figuras de heroísmo no común y de inigualable abnegación, que en defensa del territorio, al mando de las huestes patrióticas, coronaron de eternos laureles su propia frente y pasaron a la historia como los símbolos vivos de la propia nacionalidad. Uno era blanco, el otro indio y el tercero negro. Su gloria, no obstante, tiene un solo color: el del sol, en que se funden todas.

Entre tanto, la tierra prodigiosa iba cada vez más cediendo a los que la poblaban las óptimas riquezas de su suelo; la Nación adquiría cada vez más rápidamente conciencia de sí misma y de su propio valor. Ya un puñado de hombres magníficos herederos de las ambiciones y osadías de la raza, se embriaba por la selva espesa, en la aventurera busca de esmeraldas. Eran los banderantes que haciendo camino con su propio cuerpo por las hispidas florestas, vadearon ríos, despeñándose por encima de las cataratas, entre torbellinos de espumas, atravesando cenegales y pantanos, trepando más bien con la fuerza de su voluntad invencibles que con la de sus brazos por las abruptas faldas de cordilleras graníticas; combatiendo a las onzas feroces y a los indios canibales, cayendo ahora vencidos por las fiebres y levantándose luego curados por el esfuerzo sin par de la energía y del ideal, iban inconscientemente señalando por los lugares inhóspitos

que atravesaban los linderos de la civilización. Personajes de epopeya, gente de temple antiguo, que sólo se distingue de los héroes homéricos en que los dioses del Olimpo no bajaban a ayudarles en la empresa sobrehumana, ellos surcan las páginas de la gloriosa historia de mi Patria como en otros tiempos surcaban el territorio: con una bandera en la mano!

Al influjo de estos debravadores de florestas, que de vuelta de sus excursiones lejanas traían al pueblo la noticia de tesoros inmenos; al influjo de la revolución francesa, cuyas sugerencias inspiran movimientos revolucionarios de ideas contra el gobierno de Portugal, ya el lema "Por Dios y por la Libertad" resplandece con mayor fulgor. El soñador Tiradentes sube al patíbulo; su cuerpo, como su ideal, se esparce, se reparte por los cuatro costados del país, como si sus dominadores quisieran plantar en la tierra semillas de Libertad.

Así se formaba ya entre nosotros la conciencia nacional, cuando el príncipe portugués D. Juan VI, sintiendo el trono amenazado por la invasión napoleónica, trasladó al Brasil la residencia del gobierno del Imperio Lusitano, fundando esta mudanza en no ser el Brasil políticamente considerado en Portugal como *colonia*, sino como *Provincia ultramarina*.

Esta táctica precipitó de un modo brillante el progreso brasileño.

D. Juan VI, figura digna del pincel de un Rembrandt, en que opuestos juegos de luz y sombras se armonizan en la más peregrina realidad, dió origen a la vida mental y económica del Brasil. Ya ha habido en mi país quien le apellidara el "Fundador de la Nacionalidad" y este nombre le es en realidad adecuado. Ese príncipe, transplantador de la civilización europea al Brasil, en poco tiempo llenó la capital de escuelas de todo género, fundándolas con el curso de profesores expresamente contratados donde mejor los hubiese. La misma Francia, que en Europa le dominaba la metrópoli, envió a Río de Janeiro un grupo de artistas de gran mérito, que crearon nuestra Escuela de Be-

llas Artes. D. Juan fundó bibliotecas, hospitales, archivos, astilleros, fábricas, teatros, parques, jardines; abrió las puertas al comercio del mundo, inauguró la prensa, instituyó la libertad de cultos, hizo cultivar cereales y frutos importados de la India y de todas partes de la tierra cuyo clima le pareciese semejante al nuestro, importó el café de Arabia y dió al Brasil la gracia esbelta de las palmeras imperiales, esas maravillosas *oreodoxias oleraceas*, cuyo primer ejemplar, plantado en semilla por sus propias manos, existe todavía en el Jardín Botánico de Río, sombreando con una corona viva de palmas verdes el busto del gran rey. En el Café y en la Palmera están sintetizadas las tendencias administrativas de D. Juan VI: organización de la riqueza y culto a la belleza!

De vuelta a Portugal, libertado al fin del yugo francés, D. Juan dejó como Regente del Brasil a su hijo Pedro, joven arrebatado, romántico, impetuoso, apasionado por la música y aventurero del amor. Fué el quien en las históricas márgenes del Ypiranga lanzó a los aires, con un grito que hizo vibrar nuestra Patria toda, las palabras "Independencia o Muerte", que los brasileños grabaron para siempre en el corazón y que hicieron del joven príncipe Pedro, el Emperador del país más vasto de las dos Américas!

La independencia del Brasil no costó sangre, y si lágrimas abundantes corrieron, fueron de entusiasmo. Es que Portugal tenía ya conciencia de lo inevitable, de la próxima e irremediable libertación del Brasil. La colonia antigua estaba ya prácticamente emancipada; la obra de D. Juan VI preparó la de Pedro I; y el rey de Portugal contaba tanto con la independencia de la provincia ultramarina, que al dejar Río de Janeiro, de vuelta a su Reino, le dijo a su hijo la célebre frase:

— "Ponte tu la corona en la cabeza antes que algún aventurero te la quite!".

Cuando D. Pedro I partió, por su vez, del Brasil, para ocupar, bajo el nombre de Pedro IV el trono portugués, en

7 de Abril de 1831, le sucedió su hijo D. Pedro II, que por ser todavía menor de edad, quedó bajo la regencia de brasileños de alta competencia y riguroso consejo.

Educado en la corte palaciega, en que no se sentía el prestigio de la gracia femenina, el niño se hizo hombre sin las elegancias de la madre ni las audacias del padre. Más bien era tímido. Durante su reinado, que duró más de medio siglo, hubo varias revoluciones, siendo la única a que pueda cabrer la designación de guerra, la del Paraguay; en que los corazones y armas de los brasileños se entrelazaron con las de los argentinos y uruguayos.

De vuelta de uno de sus múltiples viajes a Europa, donde visitaba artistas y poetas, y recogía lauros de escritor y de filósofo, el emperador encontró firmada por la regente Doña Isabel, su hija, la ley de libertación de los esclavos, ley que le puso en las manos la llave de oro con la que veintinueve meses más tarde tendría que cerrar la puerta de su dominio en el país.

Así, sesenta y siete años después de la proclamación de la Independencia, fué proclamada la República en el Brasil. El ejército, que ha tenido en mi tierra papel preponderante en muchas de sus grandes causas, resolvió ésta de la manera más noble. Aún esta vez pudría haber lágrimas, pero no hubo sangre!

Son estos, en rápidas pinceladas, los marcos de la política administrativa del Brasil, desde su inicio hasta la presente era republicana.

IV.

Si la Independencia recibió del Brasil colonial una civilización ya hecha, la República recibió del Imperio una Patria ya libre. El pueblo por eso se volvió súbitamente mucho mayor, mucho más complejo. Hombres que hasta entonces habían vivido amordazados, unieron mal o bien sus ideas a los que habían tenido siempre el derecho de opinión. De este modo, el establecimiento del nuevo régimen hubiera sido

perturbado si no fuera intuitivo el sentimiento republicano del pueblo hasta en sus clases menos cultas.

Y con la transformación política, la vida tomó de pronto nuevo carácter; se fué despojando rápidamente de su viejo aspecto patriarcal, desenvolviéndose, iluminándose, llenándose de ambiciones, de lujo, de emprendimientos, de fiebre. Se sucedieron las incursiones de extranjeros; el comercio transformó su rutina en procedimientos adelantados; la industria tomó incremento hasta tal punto espantoso, que nos permitió atender a las urgentes necesidades de Europa durante la guerra, enviando las manufacturas de nuestras fábricas; los editores de obras nacionales sintieron también ese influjo, que les dió en poco tiempo una prosperidad que nunca habían imaginado; las ciudades se volvieron más alegres; la salud mejoró con la remodelación de las viviendas y el bien dirigido servicio de higiene pública. Osvaldo Cruz, científico cuyo nombre no puede borrarse de la memoria del brasileño, hizo desaparecer de la capital y después de todo el Brasil, una terrible epidemia que la malquistaba de los extranjeros, convirtiéndola así en saneada y pura. Desvanecido el fantasma que nos horrorizaba, nos sentimos felices, trabajamos con redoblado ardor y nuevo entusiasmo!

La obra de los sucesivos gobiernos republicanos ha sido formidable en mi país! Cada Presidente de República ha tenido nítidamente marcada por el Destino una alta misión a cumplir, misiones estas de tal magnitud, que me perdonaréis que me ocupe en un ligero rasguño escenográfico de la acción de cada presidente.

Deodoro da Fonseca, general del ejército, fué quien irguió la espada cuyo fulgor, al sol del 15 de Noviembre del 89 derribó el régimen monárquico. Su obra mayor fué esa y esa le bastó. Le sucedió en la presidencia el vice presidente Floriano Peixoto, mariscal también del ejército, contra cuyo gobierno se levantaron las fuerzas de toda la armada nacional, al mando de personajes poco fieles a la Re-

pública. A Floriano le cupo el importantísimo papel de salvar el régimen y consolidarlo, aun cuando para eso tuviese que dar demasiado prestigio político a sus colegas del ejército, cuya influencia se hacia sentir decisivamente en la administración y el gobierno general del país. La obra del presidente civil que le siguió en el poder, el gran paulista Prudente de Moraes, se ciñó al restablecimiento del orden civil interno y a imponer a las clases armadas la ley constitucional del predominio orgánico de las clases civiles. Campos Salles, el admirable administrador que le siguió en el gobierno, reorganizó, con el ministro Joaquim Murtinho, la hacienda pública, muy decaída con la libertación de los esclavos y la revolución de la armada. El benemérito Rodrigues Alves fué el transformador del país, el que construyó puertos, saneó ciudades, remodeló Rio de Janeiro, cuyas espléndidas avenidas y jardines de lisos suelos a él son debidos. Afonso Pena tuvo como programa de gobierno la construcción de caminos de hierro que surcaron el Brasil en todas direcciones y la reorganización de los medios de transporte marítimos. Nilo Peçanha, vice-presidente que subió a la suprema magistratura, fué el fundador de escuelas profesionales en todo el territorio patrio. Hermes de Fonseca, general del ejército, elevado en un momento de crisis nacional al curul presidencial, gobernó para las clases obreras, creando villas y centros de trabajo para la gente humilde. Wenceslao Braz llevó al Brasil, tal vez mal de su grado, a la guerra con Alemania, de la que nos vino en gran parte nuestro actual prestigio en el mundo. El fué también quien intensificó nuestra producción agrícola. Epitácio Pessoa, el actual jefe de los brasileños, elevó al Brasil en el extranjero a la categoría de gran potencia, e interiormente preparó la nacionalidad para mayores vuelos, modificando para ello la defectuosa organización moral de la política administrativa. Su obra es inmensa.

Contentos con nosotros mismos, procuramos estar todavía mejor con los demás. País colosal, límitrofe de casi todas

las otras repúblicas del continente sudamericano, nuestras cuestiones de fronteras fueron resueltas pacíficamente con todos esos países, ya por directas negociaciones diplomáticas, ora por intermedio de imparciales arbitrajes, que, invariablymente fallaron en pro de nuestra causa. Las corrientes inmigratorias, aumentadas cada año, se sistematizaron, pasaron a ser regularizadas por mutuos y tácitos convenios, fundados sólo en la amistad internacional y en el internacional entendimiento de los pueblos. Durante sus cien años de independencia que ahora conmemoramos, ni una sola vez el Brasil se levantó armado en guerra ofensiva contra cualquier otro país. Nuestra política externa, eminentemente pacifista, se ha desenvuelto siempre en la misma trayectoria, jamás alterada: la de la fraternización universal. Y si a veces, a quien no conoce nuestro verdadero carácter nacional, le parece que nos despedazamos en estériles luchas políticas, no le quepa duda de que en el fondo, el buen sentido activo y vigilante del pueblo sabe distinguir perfectamente dónde están sus verdaderos intereses; lo que le permite marchar siempre adelante con tranquilo ánimo y seguridad en el ancho camino que no baja con la curva de la Tierra en el horizonte, sino que sube derechamente a los cielos y va a tocar a las estrellas!

Pueblo reflexivo y sensato, el brasileño está impregnado del sentimiento constructivo de la América del Sur, creadora de un nuevo mundo espiritual para la Humanidad; mundo en que colaboramos todos los pueblos ibero-americanos, cada cual con su expresión y su poder, su valor propio y su ideal común. Hacia ese futuro de irradiante belleza caminamos nosotros con júbilo y fe, sabiendo con serena seguridad, tan conscientes estamos de nosotros mismos, que sólo por nuestro intermedio esos ideales sublimes llegarán a ser la realidad que tanto anhelan los hombres.

A la armonía de su política corresponde el idealismo de su arte. Mi país es uno de los en que hay mayor número de poetas; el lirismo poético nos envuelve infiltrándonos en el

alma su magia maravillosa. Y qué poetas! Castro Alves, Gonçalves Dias, Raimundo, Bilac, no son solamente la expresión de una nacionalidad, sino expresiones humanas, de las más altamente representativas! En la literatura en general, que cada día se enriquece con nuevos nombres, ofrece a los espíritus más exigentes en el teatro, la novela, los cuentos, la crítica y en la filosofía, obras de mérito excepcional. En los propios libros de exposición científica cada vez se primorea más, con la elegancia del estilo, la perfección del idioma clásico y la claridad de exposición de ideas. En todas sus manifestaciones, la literatura brasileña tiene servidores de merecido y bien conquistado renombre, como igualmente los tiene en la música y en las artes plásticas.

Y tanto esa pasión es sincera, arrebatada y profunda, cuanto en el Brasil, por la fatalidad de las condiciones geográficas y sociales, todavía no vencidas, la vida del artista es casi siempre dura y precaria. Son almas que arden en holocausto de la Patria...

Tengo el honor de estar ocupando, aunque muy humildemente, la tribuna de la primera asociación femenina de la América del Sur, entidad que por sí sola bastaría para patentizar el elevado grado de inteligencia del admirable pueblo argentino.

Es justo que esta asamblea, organizada y dirigida por mujeres, tenga curiosidad por saber cómo nosotras, en el Brasil, acompañamos el moderno desenvolvimiento social femenino.

Como en todo el resto del mundo civilizado, la brasileña interviene ya en las diferentes y múltiples ocupaciones de los hombres, sin renegar por eso de sus más puros y elevados atributos de esposa y madre. Al propio tiempo que amorosa y dulce, es activa y energética, desmintiendo a los que le atribuyen indolencias de gusto y de pensamiento. En-

tre los poetas de mayor renombre y valla resplandecen Juilia Cortines, Francisca Julia, Auta de Souza, y entre los modernos, Gilca Machado y Rosalina Coelho Lisboa, Ana Amelia Carneiro de Mendonça y otras muchas. En las crónicas y la novela, Carmen Dolores y su hija Cecilia de Vasconcellos (*Crisanthème*), Albertina Berta, de gran reputación literaria, y varios otros nombres que despuntan en el campo de la prosa, laureados de radiantes promesas. En el teatro, como dramaturga, acaba de ser consagrada la debutante Rut de Castro...

En la capital de la República, como en las demás ciudades de la Unión, todas las escuelas superiores están siendo lindamente frecuentadas por mujeres. Hay funcionarias en los ministerios y secretarías de Estado, como hay empleadas en el comercio, desde la modesta dependiente del mostrador hasta las superiores profesionales competentes, que exigen tener preparación especial. El periodismo, como la literatura, están cuajados de nombres femeninos; en las exposiciones figuran siempre obras firmadas por manos de mujer, algunas de las cuales podrían tener acogida en las más exigentes galerías de Europa; tenemos pianistas de extraordinario renombre, médicas, jurisconsultas, compositoras, aviadoras, artífices, qué sé yo! No hace mucho una de nuestras delegadas al congreso de Baltimore, de la Liga Nacional de Mujeres Votantes, la joven Berta Lutz, secretaria del Museo Nacional de Rio de Janeiro, demostró a la gente del Norte, con las afirmaciones de su culto talento y de su moderna orientación, lo que tiene la del Sur de estudiosa, activa, y que sabe adaptarse a las prescripciones del momento social.

En el pasado, tuvimos heroínas que armaban a sus hijos caballeros de guerra, y lo mismo sabían acicalar las armas como galopar a caballo por los campos en defensa de la Patria y de su amor... El nombre de Anita Garibaldi resplandece como estrella amorosa tanto en el Brasil como en Italia.

Nuestras heroínas del presente no tienen nombre y no son ni una ni dos, son legión que se debate por la divulgación de ideas y acciones humanitarias, que no procuran matar, sino salvar, amenizar, bendecir, en Ligas, en Asilos y Hospitales, donde su bondad, abnegación, amor e inteligencia realizan milagros!

En religión, somos creyentes.

En política... En política, por mí lo digo: desearía que en la tierra que pisamos nosotras, vosotras, todos, las pisadas de los hombres se confundiesen en el mismo empeño de sublimarla por medio de una armonía inquebrantable, consciente, perfecta!

Como sentimiento maternal, he de deciros que ninguna mujer en la Tierra puede superar a la brasileña en cariño y sacrificio. Sea cual sea su condición de vida, la brasileña es siempre la que amamanta a su hijo. No dar el pecho a una criatura suya, no darle con su leche todo su amor y la gloria toda de su maternidad sería para ella el mayor dolor que se puede imaginar, y cuando por incapacidad física tiene que resignarse a dar a su hijo el pecho de otra mujer, la expresión de su sentimiento es de vergüenza y desesperación. Excesivamente amorosa, no es por cierto una perfecta educadora; pero su ternura la hace perdonable.

Como por la mujer, y especialmente por la madre, cada vez más consciente es por quien el mundo podrá ascender a la perfección moral que nosotros los idealistas soñamos, esperemos que por el influjo del Amor, que es principio y fin de todo, ella, como las madres de todos los demás países de la Tierra, rediman las tristezas del Pasado y las incertidumbres de la hora en que vivimos!

En esta aspiración de suprema belleza, elevemos a lo alto nuestros corazones!

JULIA LOPES de ALMEIDA.